El ciervo de la ventana pequeña

Shyvirelle · relatoscortos.org

La primera vez que el ciervo caminó, Nela creyó que la madera se había caído sola. Era una figura de corteza, de la altura de su antebrazo, que había encontrado en el taller de la casa del monte. Tenía cuatro patas finas, astas hechas con raíces y una muesca en el lomo donde alguien había quitado una rama. Nela lo dejó sobre el alféizar mientras reparaba el marco de la ventana pequeña.

La luna entró al anochecer, tendió un rectángulo pálido sobre las tablas del suelo y dibujó debajo de la figura una sombra con astas. El ciervo levantó una pata.

Nela soltó el pincel. La figura bajó del alféizar con un sonido delicado, como el de una corteza al rozar otra. No pesaba lo que debería pesar una pieza de madera; apoyaba las patas y buscaba con la nariz el rectángulo de luz. Cuando una nube cubrió la luna, se quedó inmóvil en mitad del paso. Al reaparecer la claridad, siguió andando.

Durante tres noches Nela le dejó un cuenco con agua, aunque nunca lo vio beber. El animal recorría el suelo hasta llegar bajo la ventana y allí esperaba, mirando el huerto oscuro. Desde fuera se oían los ciervos verdaderos que bajaban entre los abedules. El de corteza no les respondía; levantaba las orejas como si escuchara el espacio entre sus llamadas.

La maestra Ágata, que reparaba ventanas desde mucho antes de que Nela aprendiera a afilar una cuchilla, encontró una marca en el alféizar. No era un arañazo: cuatro pequeñas huellas habían señalado la madera durante la noche.

«Ese marco no se corta», dijo al ver a Nela midiendo el hueco. «La casa tiene cien inviernos y el travesaño sostiene la pared. Si deseas que salga algo grande, busca una salida que no le quite madera al edificio».

Nela quería obedecer, pero la abertura medía menos que la anchura de las astas. El ciervo miró la ventana y golpeó el suelo una vez, con la impaciencia de quien conoce un camino que los demás no alcanzan a ver.

La noche siguiente Nela hizo la primera prueba. Colocó dos cestos muy juntos en mitad del rectángulo de luna, dejando entre ellos una abertura más estrecha que el pecho del ciervo. La figura avanzó. Su sombra permaneció entera sobre las tablas, alargada por la luz oblicua. El cuerpo se estrechó al atravesar el hueco, sin doblar las astas ni forzar las patas. Al llegar al otro lado recuperó su anchura. Los cestos no se movieron.

Nela separó los cestos y repitió. Esta vez interpuso la mano entre la luna y la sombra. El contorno perdió una pata y el ciervo volvió en seguida a su tamaño verdadero, todavía frente al paso. Retrocedió asustado, pero no resultó herido. Era la luz, no la anchura del hueco, lo que parecía permitir el cambio.

La segunda prueba fue menos amable. Nela apoyó contra la pared un bastidor de madera con una rendija en su base. Por encima colocó un tablero para impedir que entrara luz. El ciervo pudo acercarse por el suelo iluminado, pero al meter las astas bajo la rendija su

sombra quedó tapada por el tablero. El cuerpo recuperó su tamaño de golpe y tuvo que retroceder. El animal sacudió la cabeza; una escama de corteza cayó de una de las raíces.

Nela recogió la escama y comprendió el riesgo. No bastaba con que hubiera luna en la habitación: el contorno completo tenía que seguir viéndose en alguna superficie bajo sus patas. Si una pared cortaba la luz, el paso estrecho dejaba de ser posible. No haría un tercer ensayo que terminara aplastando al ciervo contra madera vieja.

Esperó a que Ágata terminara de cepillar un listón y le contó las dos pruebas. La maestra no se rio. Fue a mirar la franja de luz y después observó el patio.

«Un marco es un borde», dijo. «Pero la luz también tiene bordes. Puedes trabajar con uno sin destruir el otro».

Entre las dos buscaron una tabla larga y lisa, de la misma anchura que el alféizar. La apoyaron como una rampa baja entre el suelo interior y un bancal de arena clara al otro lado de la ventana. No rompieron el marco ni quitaron el cristal: la hoja de la ventana se abría hacia afuera. Por la posición de la luna, un haz pálido podía cruzar el hueco, dibujar la tabla y continuar hasta la arena. Era una salida de luz, no una abertura más grande.

Nela pasó una brocha seca por la tabla y quitó las astillas que pudieran enganchar una pata. Ágata sujetó la rampa desde fuera. No había ningún espejo ni lámpara que inventara claridad donde no la había: tenían que esperar el breve momento en que la luna baja alineara la habitación, el alféizar y el camino del huerto.

La noche final llegó con un viento que agitaba las ramas delante de la ventana. Cada sombra de hoja interrumpía la franja que necesitaban. Nela ató con cuidado las ramas sueltas al poste del huerto, sin cortarlas, y comprobó que la luz permanecía entera sobre la tabla. El ciervo aguardaba junto al primer borde, con las astas demasiado anchas para la abertura.

«Solo cuando puedas ver tu sombra», murmuró Nela, aunque no sabía si la entendía.

El ciervo avanzó. Su contorno oscuro cayó sobre la rampa. Al tocar el marco el cuerpo se volvió fino como una tira de corteza y las astas pasaron de perfil por el hueco. Nela pudo seguir viendo la sombra sobre la tabla, incluso cuando el animal estaba entre las dos caras de la pared. En el bancal exterior, la luna iluminaba la arena sin obstáculos.

Una rama lejana movió apenas una sombra sobre el patio. Nela quiso correr hacia la ventana, pero Ágata le apoyó una mano en el brazo. Las cuatro patas ya habían alcanzado la arena y el contorno seguía completo. El ciervo salió de la abertura y recuperó lentamente la altura de su antebrazo. Dio tres pasos más hacia los abedules y volvió la cabeza.

Nela dejó la ventana abierta hasta que la luna desapareció. Luego retiró la rampa. No había modificado una sola pieza del marco; apenas quedaba una huella tenue de cuatro patas en la arena.

Al amanecer encontró al ciervo afuera, junto al primer abedul, con su tamaño verdadero. Permanecía quieto, hecho de corteza y raíces, sin la luz que lo ponía en movimiento. Pero estaba orientado hacia el bosque, no hacia el cristal. Nela lo contempló desde la ventana pequeña y dejó la hoja entreabierta. Había aprendido que algunas salidas no se construyen agrandando el mundo, sino mirando con atención por dónde pasa la luz.